

zontalmente en las diversas gradas de plantas y bajo las vastas coronas de los árboles: cual hojas de plata veíase brillar en medio de esas sombras el reverso de las *cecrópias* tocadas por la luz. Cerca de allí un gigante diez veces centenario eleva sobre todos los demás su follaje de metálicos reflejos, y su cima redonda como una cúpula: las bromeliáceas mas brillantes se desprenden de este fondo figurando adornos artificiales, y las trepadoras se enroscan de rama en rama formando caprichosos festones. Bajo las coronas impenetrables a los rayos del sol, se extienden planos de sombra que han prestado sus tinieblas a la noche eterna.

En estas sombras relucen algunos troncos que se tomarían por columnas de plata. Vense alternativamente la oscuridad y la luz, los tintes profundos del crepúsculo y los tonos de la esmeralda. Una expresión de calma, un aire de sublime y solemne gravedad reina en todo el cuadro. Para completar la armonía, el cielo, sereno en el Poniente, formaba un fondo admirable en el que se retrataban vivamente los mas delicados contornos.

Al mirar el recinto del bosque virgen se confunde uno de la grandeza de la naturaleza y de la energía del suelo que puede producir esas masas impenetrables. Puede decirse que se halla uno delante de la cortina que encubre un mundo misterioso conservado por un encantamiento cuyo enigma no ha podido resolverse. Pregúntase uno lo que puede pasar allí detras, qué mundo desconocido y raro puede vivir en esos inmensos espacios de verdura. Sábese que bajo esas inmensas bóvedas todo germina, florece y produce frutos; sábese que criaturas aladas y de plumajes variados, cantan y gorjean bajo esas cúpulas maravillosas; que gigantescas mariposas de flamígeros colores revolotean sobre perfumadas flores; que los prudentes lagartos y las venenosas serpientes se deslizan bajo las yerbas y malezas con sus metálicos reflejos; sábese que desde el sexto día de la creación, todo es allí vida y movimiento, perfumes y canciones; y sin embargo, el enigma no desaparece, siempre excita asombro y admiración, y huye del alcance del hombre.

La parte baja del valle me recordaba los hermosos paisajes alpestres del Austria y me creía como trasportado a mi patria: mas de un feliz recuerdo de las pacíficas horas que habia pasado en el cen-

tro de aquella fresca y poética naturaleza despertóse en mi alma. Verdaderamente notable es que aun en las profundidades de los bosques vírgenes haya encontrado analogías con los Alpes. En Europa solo esas regiones, en sus partes inhabitadas y todavía no profanadas, pueden dar una idea de la naturaleza que aquí tenemos a la vista. Solo en los bosques alpestres se halla la calma profunda, el sorprendente silencio que encanta y hace estremecer, y el verde brillante de la esmeralda; solo allí es en donde la profusión de los helechos, de las gencianas y de las liliáceas, parece un ensayo de la naturaleza para acercarse a la prodigalidad que despliegan los bosques vírgenes en su vegetación. Encuéntrense allí troncos de árboles seculares que no han caído bajo el filo nivelador del hacha; pero que desfallecen bajo el peso de la edad y caen para dar nacimiento en su descomposición a una vegetación nueva: está uno en presencia de una vegetación que existe para sí misma y para gloria del Creador, en lugar de vegetar y florecer únicamente para gloria del hombre. Una y mil veces, en mis excursiones por el Brasil, ha vuelto a presentármese la imagen de los Alpes, ya en rasgos aislados, ya por la impresión general de las formas y de los colores. Y es que en toda la creación reina un pensamiento fundamental; y doquier ha permanecido intacta la obra divina, esa concepción dominante se halla en la semejanza de las proporciones y de las formas, no existiendo mas que diferencias parciales producidas por el suelo y el clima.

Unos puentes hechos de troncos de árboles nos permitieron pasar a la otra orilla, y luego nos encontramos con el muro que cierra el valle. Una especie de tala, con pretensiones de camino bajo el bosque, nos dió acceso al *Mato*. Apoderóse entónces de nosotros ese estremecimiento delicioso que os penetra al acercaros a algo nuevo, grande y misterioso. Es un sentimiento de asombro, de veneración y de esperanza, como cuando se entra en las grandes catedrales góticas, en las inmensas catacumbas de Roma, ó bajo las bóvedas y los caminos de granito de las pirámides. El corazón late precipitadamente, el espíritu y los sentidos se exaltan. Si el ojo se sorprende de ver columnas que se lanzan atrevidamente, majestuosas bóvedas y ricos adornos en edificios de piedra, ¿de qué sentimientos no debe llenarse el corazón de un hombre, cuan-

do penetra bajo las mil y mil cúpulas que el Creador se ha levantado a sí mismo desde millares de años; cuando vé en obra la naturaleza antigua; cuando las gigantescas columnas del edificio están vivas a sus ojos con sus bóvedas de verde refulgente a los rayos del sol, con la riqueza infinita de las formas y de los colores que las adornan!

Como el santuario de los templos y el interior de los monumentos, la virgen selva es un lugar cerrado y limitado a la vista: para el ojo es un límite; para el espíritu es una profusión infinita de pensamientos. Las plantas en masa crecen alrededor del observador con exuberancia tal, que intercepta la luz: salen de sí mismas formando nuevos troncos, que se subdividen hasta lo infinito redondeándose en sobrepuestas bóvedas; y sobre vuestra cabeza forman espeso techo, impenetrable al día, atravesado por bejucos, sostenido y ligado por las plantas trepadoras. El ojo no puede descubrir dónde empieza ni dónde acaba la planta: en el lugar mismo donde sus raíces penetran en la tierra, montones de otras plantas, familias enteras que se ramifican infinitamente, ocultan el pié del arbusto: en el punto donde se busca la cúspide, un mundo nuevo, que vive en una región aérea, forma una capa inextricable de vegetación. Los rayos del sol solo pueden penetrar apagados en esa masa vegetal, y por esas bóvedas innumerables y entrecortadas; solo pueden ellos derramar en esas salas de verdura una luz crepuscular y misteriosa. Atmósfera fresca y cargada de las abundantes emanaciones de la vegetación se mantiene allí constantemente uniforme.

Sorprendidos por tal magnificencia, los ojos se pierden en aquel indefinido y siempre nuevo laberinto, buscando un orden, un principio, una disposición sistemática; pero es demasiado poderosa la impresión del todo; y solo de cuando en cuando un color particularmente brillante, una flor extraña ó una forma del todo imprevista, atraen la vista y provocan un grito de admiración: apenas, sin embargo, se ha dado una mirada a alguno de estos objetos, cuando la vista se siente de nuevo arrastrada por el movimiento general de aquellas olas de verdura. Espectáculo es este que no se podría ni dibujar ni describir; solo puede admirarse en silencioso arrobamiento, y con una especie de religioso estremecimien-

to. ¡Y cuán estrecho es el espacio que la mirada puede abrazar! ¡En aquel caos de la creación, los ojos no alcanzan en cualquiera dirección mas que á algunas toesas! ¡Cuán grande, cuán diverso é infinito es ese mundo del cual tan pequeña parte produce semejante impresión en el que se llama rey de la creación!

Solo después de haber habituado nuestros ojos, pudimos gozar de la magnificencia anonadante de ese espectáculo. Aquella era una sucesión de maravillas que se revelaban y se ofuscaban mutuamente como las imágenes de un kaleidoscopio. Nada más característico que las diversas clases de plantas elevándose unas sobre otras en tres pisos principales. En el suelo mismo admirábamos la exuberante profusión de las aroideas de innumerables formas y dulcísima frescura; las escitamineas de flamíferas flores, que relucen desde lejos; las musáceas de gigantescas hojas que se balancean atrevidamente en su poético desarrollo; los helechos, cuyo abierto follaje de verde opulento se mece muellemente y nos recuerda los bosques de nuestros países. Cerca de estas plantas que se sostienen por sí mismas en su independencia, la rica y curiosa familia de los filodendrones de innumerables formas, busca, como su nombre lo indica, la amistad y el apoyo de los árboles. La profusión con que estas diversas plantas se esparcen por el suelo, excede en mucho a todo lo que puede verse en los más rellenos invernaderos; y sin embargo, lugar queda todavía entre ellas, en esa tierra húmeda y fecunda, para una infinita multitud de otras plantas que crecen a la sombra. Su modesto desarrollo apenas atrae las miradas; y no obstante, brillarian como estrellas de primera magnitud en una exposición europea de horticultura. No cito más que las begonias, con las que se tropieza a cada paso: ¡qué magnificencia de dibujo, qué belleza de tintes en su follaje! ¡Y deben agregarse a todo esto las innumerables especies de césped, y las palmeras enanas por naturaleza ó comprimidas en su crecimiento! Esas masas de verde esmaltado, son como un parque donde hormigüea el mundo de los insectos.

Del seno de esta vegetación terrestre se levanta, como un primer piso de elegante y ligera arquitectura, la multitud de esbeltos y flexibles arbustos. Son en general plantas de anchas hojas pendientes en forma de plumas de pájaros. Hallamos allí abundan-

temente representadas las cecrópias; vemos salir de lo mas tupido algunas palmeras aisladas cuya graciosa cima se desenvuelve ampliamente.

Sobre este piso se lanzan los grandes árboles de tronco delicado, de sombrío follaje, del género de las camelias, y de los laureles. Sus extensas ramas fuertemente ligadas por los bejucos, forman el primer techo de verdura. Con frecuencia rodean sus troncos los filodendrones ú otras hermosas enredaderas que se agarran y comprimen en ellos. Con frecuencia tambien están completamente desnudos: vése entónces un tronco liso como una anguila de color ocre ó pajizo, y duro como la piedra. En su mayor parte son esencias de abres preciosas, ó maderas de construccion incomparables é indestructibles. Son las plantas de esta region las que mas han escapado hasta aquí a los botanistas. Casi todas tienen un follaje brillante y frutos comestibles que sirven de abundante alimento a los pájaros y a los monos.

Como en un edificio de arquitectura hay entresuelos, así distinguimos arriba de este piso, inmediatamente bajo el techo de verdura, un piso intermedio levantado por la naturaleza. Está formado de bromeliáceas de reflejos metálicos, plantas aéreas que se establecen, a manera de grandes nidos de pájaros construidos con arte, en las ramas y los troncos. De sus coronas de follaje, vigorosamente dibujadas, sale lo que el mundo puede ofrecer mas hermoso y perfecto en punto a flores.

En fin, sobre el segundo piso, se lanzan esos gigantes prodigiosos que en el transcurso de mil años han adquirido fuerza para atravesar todas esas diversas capas de follaje y llegar al aire y a la luz; gigantes que inundados por los rayos del sol extienden sobre el bosque vírgen sus inmensas ramas como brazos de un patriarca, abrigando a lo lejos a toda criatura y dominando a todo ser viviente.

Son ellos maravillosos monumentos que contienen en sí mismos la historia del bosque vírgen, señalando las épocas milenarias. Estos antiguos testigos del último periodo de la creacion forman el principal atractivo de esta region tan magníficamente poblada. Pero, como todo lo que es grande y sublime, se elevan tanto sobre lo que acostumbramos ver, que en realidad se les adi-

vina mas bien que abrazarlos completamente. Quedan un enigma para el botánico, pues florecen y dan sus frutos en una esfera adonde no puede alcanzar por los medios ordinarios. Son para él potencias casi desconocidas, y por lo mismo no se ha atrevido a darles nombres.

Así como los adornos del friso superior de un edificio se distinguen de los de los diferentes pisos, así hay tambien en aquella region aérea un mundo particular de plantas, que difiere completamente del nuestro. Allí es donde las orquideas lucen su incomparable magnificencia, y donde las tiliáceas brillan en todo su esplendor.

Llenan los intervalos los bejucos, plantas singulares que se adhieren por sus raíces a la tierra, y que semejantes á jarcias limpias, se extienden y se enrollan en las diversas regiones de rama en rama, de tronco en tronco, muchas veces a distancias enormes, para cubrirse al fin en las mas altas esferas de hojas y flores a la vivificante luz del sol.

Nada hay mas maravilloso que este esfuerzo de todas las plantas para llegar al aire y a la luz. Gracias a esa aspiracion hácia los rayos benéficos, todos los troncos que poseen la energía necesaria para crecer, presentan el aspecto de un edificio esbelto y ligero sobre el que descansa ese elevado y espeso techo, detrás del cual se sospecha la existencia del sol como si perteneciese a un mundo extraño y lejano.

Bajo este abrigo que aparta los rayos del sol, se levanta de las regiones inferiores una atmósfera concentrada: cargada de humedad, de emanaciones vegetales y de materias orgánicas, exhala ese voluptuoso perfume que se respira en las partes de nuestros invernaderos consagradas a las plantas tropicales, que embriaga nuestros sentidos oprimiéndonos como un sueño en una noche de estío. El suelo, al que nunca llega la luz, permanece siempre húmedo y blando: cede bajo los piés. Como las circunstancias permanecen las mismas desde hace millares de años, las hojas que se secan, las cortezas que se desprenden, las cápsulas de los frutos y todas las partes que desecha la energía vital, forman una capa de putrefaccion blanda, elástica, y componen, en fin, el humus en que la descomposicion de las plantas mantiene una vida siempre jóven y siempre nueva. El poder misterioso que preside a las transforma-

ciones de la materia, la hace fermentar en esas capas espesas, disuelve los organismos y elabora otros nuevos. El aire permanece eternamente en calma entre el suelo y la sombría bóveda del follaje; espacio limitado que la curiosidad humana trata en vano de salvar. Una luz crepuscular, una inmovilidad constante en la atmósfera, ningun rayo de sol, ni un murmullo en el follaje, son fenómenos tan nuevos para el hombre habituado a una agitación constante, que lo turban y lo inquietan produciéndole una sensación extraña é inusitada.

Así como las plantas se mantienen siempre en la region en que las ha fijado una ley inmutable, así tambien las diversas especies de animales. En el húmedo suelo, bajo las bóvedas formadas por las anchas hojas de las aróideas y de las escitamíneas, entre los piés de las begonias y la paja de las gramíneas, se vé el caracol en forma de hélice, la tortuga que se arrastra, el lagarto que se entrega a sus saltos caprichosos, la temible tribu de las serpientes que espian su presa, y el armadillo enroscado como bola. Al nivel de las plantas bajas, se vé al salvaje venado huir de la persecucion del hambriento jaguar, y al pesado tapir abrirse su camino con estrépito. En la region de las zarzas, á la sombra de las pequeñas palmeras, el colibrí vuela de flor en flor, y las mariposas gigantes revolotean silenciosamente como otros tantos sueños. En las coronas de los árboles de mediana altura, óyese el grito del tucan que agüza su encorvado pico. Mas alto, en los árboles gigantes, bajo sus vastas cúpulas, vive el inquieto pueblo de los monos formando alegres pelotones; los cucos titís y las ligeras ardillas saltan de rama en rama; y en fin, sobre todos los otros animales desfilan los papagayos en enjambres a los rayos del sol.

No es permitido al viajero ver lo que pasa en las regiones medias é inferiores; la vida de las cimas aéreas solo se le revela por el sonido: su vista no puede alcanzar hasta allá. Solo en la orilla de una corriente de agua ó en rarísimos claros es desde donde puede percibir á los habitantes de las regiones superiores. Como las plantas germinan y florecen sin desviarse de las leyes que les fueron señaladas desde los dias de la creacion, así el pueblo de los animales, desde que salió de las manos del Creador, vive independiente y libre en el círculo que le fué trazado.

Penetrando un poco más en el bosque llegamos a un lugar algo mas claro: en él los árboles se elevaban con mas libertad, y la mirada podia abrazar mayores espacios. Solo allí nos fué posible observar mas de cerca los bejucos. Su tamaño y su forma excedian en mucho de lo que esperábamos. Tan pronto se enlazaban en festones de árbol en árbol, tan pronto colgaban como la cuerda de una campana de gigantes, desde una rama principal hasta la tierra; ó bien como los obenques de un navío estaban tendidos oblicuamente desde el suelo hasta la corona de los árboles.

Caía ya el dia cuando volvimos a la *fazenda* de nuestro amable huésped, en la que una alegre comida nos reunió a cosa de las nueve. Como es natural, hablóse mucho de los negros y de la esclavitud. S*** ha hecho estudios filosóficos sobre los negros, y se ha formado una opinion razonada sobre su temperamento. Ocupándose además de medicina, es el médico de sus propios esclavos, y desempeña las funciones de partero de sus negras. Gracias a sus estudios filosóficos y médicos, tiene ideas sobre lo físico y lo moral de los negros, y ejerce prodigiosa influencia sobre las imaginaciones de los seres que le están confiados. La experiencia lo ha convencido que todo gran *fazendero* debe hacerse médico, cuando el caso se presenta, en bien de sus numerosos esclavos, y que este es el único medio de conservar ascendiente en ellos.

Le preguntamos si a su modo de ver el negro participa realmente mas del hombre que del animal. Nos respondió con mucha lógica que el negro es un hombre puro, por la razon de que cruzándose con la raza blanca puede producir hijos, y estos a su vez son capaces de reproducirse; pues en la naturaleza dos razas vecinas pueden ser fecundas en el cruzamiento; pero su fruto queda en seguida estéril: como sucede con la mula nacida de la burra ó de la yegua. Esta deducción tan fria, pero tan lógica, conduce a una conclusion perentoria. Los negros, continuó, son hombres; pero tambien está demostrado que son muy inferiores a las otras razas del globo. Los partidarios de la esclavitud pretenden además que en el sistema del universo, han nacido para las funciones de sirvientes, y para tranquilizar sus conciencias, ya encorazadas, invocan la maldición mística pronunciada contra Cain, el hijo impío. Por otra parte, en su concepto la necesidad de la es-

clavitud está demostrada, con el hecho de que los negros son capaces de trabajos que harían sucumbir a los blancos. Así, no podría sin ellos cultivarse la caña de azúcar que se hace bajo un sol vertical. Los blancos, a más del calor, serían incapaces para soportar ni aun las exhalaciones de las plantaciones. Lo que se verifica del otro lado del océano no importa a los propietarios de esclavos; él no se inquieta del origen y solo se ocupa de las consecuencias, es decir, de la esclavitud que le es útil. El robo de hombres en África; el horroroso viaje que se les obliga a hacer por el océano, nada de esto compromete su responsabilidad: los negros no caen bajo su criterio sino desde el momento en que se encuentran en su territorio. Partiendo de aquí, el propietario hace, no sin lógica, la observación de que el negro, en el orden establecido, es más feliz en la esclavitud que dándole la libertad, y que aun los negros dejados libres perecen, en la mayoría de los casos, poco después. Pero por qué perecen, es en lo que estos señores no se toman el trabajo de reflexionar.

El negro en libertad perece, porque después de cometido un acto reputado criminal, escapándose de la servidumbre, vaga en el bosque como un proscrito, como un errante, sin otro recurso que la caza y el latrocinio, y sus privaciones lo conducen a cometer robos en las *fazendas* y a embriagarse; ó bien perece, porque habiéndosele dado bruscamente la libertad, se encuentra sin recursos, é ignora el modo de vivir con independencia: cae entonces en la pereza y en el vicio como un hijo abandonado.

Sea de esto lo que fuere, dos causas principales producen el decaimiento de los negros: las persecuciones voluntarias ó involuntarias de parte de los propietarios de esclavos, y la ausencia de toda instrucción y de toda educación, por modesta que sea. Si pudiese ponerse remedio a este mal, sería permitido no desesperar del porvenir, pues los negros de Liberia son gentes muy honradas. Pero lo que hay desgraciadamente de cierto es, que en las presentes circunstancias, cuando todos los hombres que piensan, empezando por el Emperador, son propietarios de esclavos, los negros emancipados perecen casi todos de un modo miserable. Bastará citar un ejemplo reciente.

Una negra esclava de la provincia de Minas Geraës, halló un

dia un enorme diamante; lo llevó lealmente a su amo, quien sacó de él sumas fabulosas. El precio de la piedra es tan grande que se ha formado una sociedad de accionistas que hasta hoy hacen vanos esfuerzos para hallar un comprador en los mercados europeos: donde quiera que se ofrece es desechada la oferta, porque nadie posee la suma suficiente para la adquisición de tan preciosa alhaja. El primer propietario quiso manifestar de un modo brillante su reconocimiento a la pobre criatura autora de su fortuna, y creyó hacer una cosa enorme dándole la libertad. La desventurada mujer murió algún tiempo después en la mendicidad, víctima de su propia incapacidad y de la incuria de su amo.

Los esclavos constituyen la riqueza del *fazendero*: con su concurso crece la fortuna de éste. Es por lo tanto una de las preocupaciones del propietario, la de tener su establo en buen estado, y en tanto cuanto sea posible la de aumentarlo. St*** casa temprano a sus esclavos: es la mejor condición para la multiplicación, porque los casados se observan más, y la presencia de las mujeres casadas inspira, en ciertos casos, temor á las jóvenes. El propietario mismo es el que se encarga de las ceremonias del matrimonio: un eclesiástico le estorbaría. A la ceremonia sigue un banquete: este vínculo les parece más enérgico que la bendición de la Iglesia, que estos desgraciados en su ignorancia absoluta no comprenderían. Como la fecundidad de estos matrimonios es para el amo de la mayor importancia, es necesario fomentarla. St*** da a sus negras un premio por cada hijo que tienen más de seis. Algunas veces las mujeres destruyen su propio fruto para vengarse del amo. Penas rigorosísimas castigan tal atentado, así como las riñas frecuentes y con frecuencia atroces que se suscitan entre negros y negras: generalmente son ocasionadas por los celos. La razón para reprimirlas severamente es que las heridas causan al propietario un notable perjuicio. En semejante ocasión el nervio de buey hace las veces de la oliva de paz. Sucede también con frecuencia que los negros se ahorquen heroicamente, según la expresión de St*** por hacer mal a su dueño. Él mismo ha sido víctima de aventuras de este género.

En la *fazenda* impera un régimen muy rigoroso, ó, mejor dicho, un despotismo absoluto. El dueño puede castigar, cuándo y como